

Winifred Tate

*Counting the Dead: The Culture and Politics of Human Rights Activism in Colombia*

University of California Press, 2007. 400 pp.

Diana Ojeda / Clark University

En su libro *Counting the Dead*, Winifred Tate hace un estudio cuidadoso de la producción y la movilización del discurso de los derechos humanos en Colombia. Su análisis examina los diferentes significados que ha adquirido dicho concepto y cómo ha sido utilizado por diferentes actores –organizaciones solidarias, organizaciones no gubernamentales, agencias estatales e instancias militares– de maneras a menudo paradójicas. Tate identifica los repertorios de acción en torno a los derechos humanos que, a pesar de su carácter heterogéneo, comparten el objetivo de conseguir legitimidad y recursos internacionales con el fin de proteger vidas humanas y de hacer que el estado cumpla su papel como defensor de los derechos fundamentales (pp. 4-6).

El libro se enfoca en las dos últimas décadas, desde el final de la Guerra Fría hasta la actual Guerra contra el Terrorismo, con el fin de explorar los contextos históricos específicos que enmarcan las diferentes narrativas de los derechos humanos en Colombia y las formas de acción política y cambio social que de ellas se derivan. Tate privilegia los nodos y las redes que configuran los espacios del activismo transnacional. Esto le permite llevar a cabo una etnografía del trabajo a favor de los derechos humanos en el país, teniendo en cuenta diferentes escalas tanto a nivel nacional como internacional. Esta aproximación analítica tiene dos importantes ventajas. Por una parte, Tate da cuenta de las articulaciones dinámicas e inestables bajo las cuales operan los distintos grupos de derechos humanos en Colombia. Las relaciones políticas que de ellas emergen hacen evidentes las contradicciones inherentes al ejercicio de la promoción, defensa y protección de los derechos humanos. Por la otra, Tate considera el lugar que ella misma ocupa dentro de estas redes de poder. Tras quince años de trabajo en este campo, Tate describe la forma en que negocia su posición como investigadora y activista, a la vez que asume la responsabilidad de dar testimonio/ser testigo (*bear witness*) de los procesos históricos de opresión y exclusión que alimentan la violencia en Colombia.

A partir del estudio detallado de la Comisión Trujillo, asignada para investigar La Masacre de Trujillo (Valle del Cauca) a comienzos de 1990, Tate muestra las posibilidades y los límites de la defensa y promoción de derechos humanos, así como sus expectativas contradictorias y consecuencias inesperadas. El caso ilustra un tipo específico de violencia política en Colombia y las acciones en pro de los derechos humanos que le siguieron. Al mismo tiempo, muestra cómo dichas acciones han transformado el ejercicio de la violencia. Por ejemplo, cómo la violencia política a manos privadas –paramilitares principalmente– ha

reemplazado la acción directa de actores estatales, haciéndola más difícil de catalogar como violación de los derechos humanos (p. 299).

*Counting the Dead* es quizás aún más relevante en la medida en que estudia los procesos de categorización de la violencia. Tate se pregunta por la defensa de los derechos humanos como una serie de discursos y prácticas a través de los cuales “los asesinatos se cargan de sentido y se hacen legibles socialmente para establecer el arco narrativo que explica por qué la gente muere y sugiere cómo prevenir dicha violencia” (p. 26, mi traducción). Tate analiza la formación de estos discursos como parte de la política de producción del conocimiento y las dinámicas de poder que hacen posible su credibilidad, legitimidad y validez. De este modo, el libro estudia cómo le damos colectivamente sentido a la violencia y cómo ésta se hace legible. Esta aproximación es adecuada ya que desmitifica la violencia en Colombia como un fenómeno más allá de nuestro entendimiento, al mismo tiempo que reconoce y da cuenta de sus complejas dinámicas. Por esta razón me sorprendió encontrar en el libro el uso de frases como “la eterna crisis”, “el terror endémico” y “la violencia arraigada”, como rezagos de un lenguaje que invoca la violencia como algo perpetuo, endémico y que se autoreproduce (ver Gibson-Graham, 1996, 2006 para el caso del capitalismo).

Más allá de esta aparente inconsistencia, el libro tiene, a mi manera de ver, tres deficiencias. La primera es que, si bien Tate reconoce que los límites entre actores son fluidos, es necesario prestar más atención a los procesos de distinción entre víctimas y perpetradores y a cómo a menudo ambos comparten los mismos espacios (tanto físicos como sociales) e incluso el mismo cuerpo. Esta limitación tal vez se debe a que el marco de los derechos humanos se basa en dicha distinción tan necesaria como problemática. La segunda, es el uso laxo de la categoría “activista”. Aunque Tate examina la producción de la identidad de las defensoras y los defensores de los derechos humanos en diferentes momentos de la historia del país, hace falta un análisis detenido del concepto en sí mismo, de quiénes lo reclaman para sí o se resisten a aceptarlo y de sus implicaciones, sobre todo teniendo en cuenta la distancia cultural y semántica que hay entre “*activist*” y “activista”. Pienso que el libro se habría beneficiado de una discusión más cuidadosa de las geografías (neo)coloniales que a menudo articulan el trabajo a favor de los derechos humanos y de las distintas formas de privilegio que éste moviliza (ver Koopman, 2008). Puesto de otro modo, quién lleva la cuenta y quiénes entran en el conteo son preguntas claramente

políticas que, a mi manera de ver, cuestionan los supuestos de neutralidad, imparcialidad y representatividad bajo los que operan los discursos sobre los derechos humanos.

Por último, encuentro problemática la aproximación que Tate hace a “la política emocional del activismo”. Su enfoque refuerza la división cuerpo/mente, emoción/razón, tan presente en los estudios sobre relaciones de poder (Mitchell, 1990). Si bien Tate considera los factores emocionales y afectivos que intervienen en la formación de la conciencia o la identidad del activista, privilegia sentimientos como la culpa, la pertenencia, la simpatía y la satisfacción personal a costa de entender que los sentimientos individuales o las reacciones viscerales hacen parte de constelaciones de sentido mucho más amplias. A mi modo de ver, ideas como el sacrificio, el despertar político y el sufrimiento requieren de un análisis juicioso donde los ejes de diferenciación de género, clase, raza y origen nacional, entre otros, no pueden ser pasados por alto. Un entendimiento relacional de la identidad como articulación y posicionalidad (Hall, 1989) habría resultado conveniente.

A pesar de esto, el libro da cuenta de la violencia en Colombia de manera clara y sucinta, sin perder de vista su complejidad. Aunque la edición hace un uso descuidado del español, *Counting the Dead* es sin duda una valiosa contribución a la antropología de los derechos humanos y a la sociología del conocimiento sobre la violencia. En la extensa tradición de estudios sobre la violencia en Colombia, pocos trabajos han examinado la forma cómo ésta adquiere sentido socialmente y se integra al proyecto nacional (ver por ejemplo Bolívar, 2003 y Castaño, 2008).

Asimismo, el libro hace un análisis pertinente de la producción de la impunidad. En contraposición a la idea de inacción, Tate señala que los actos de omisión y los silencios que permiten la impunidad son producidos activamente. A partir de los conceptos de “silencios estratégicos” y “secretos públicos” desarrollados por Michael Taussig (1999), Tate entiende el carácter confuso e inasible de la violencia como una de sus condiciones de posibilidad. Al entender el trabajo en pro de los derechos humanos como parte del esfuerzo por hacer públicos aquellos silencios (p. 293) –aquello que es obvio, que todo el mundo sabe, pero que nadie se atreve a decir–, Tate contribuye a la desestabilización de las geografías del miedo y la violencia en el país.